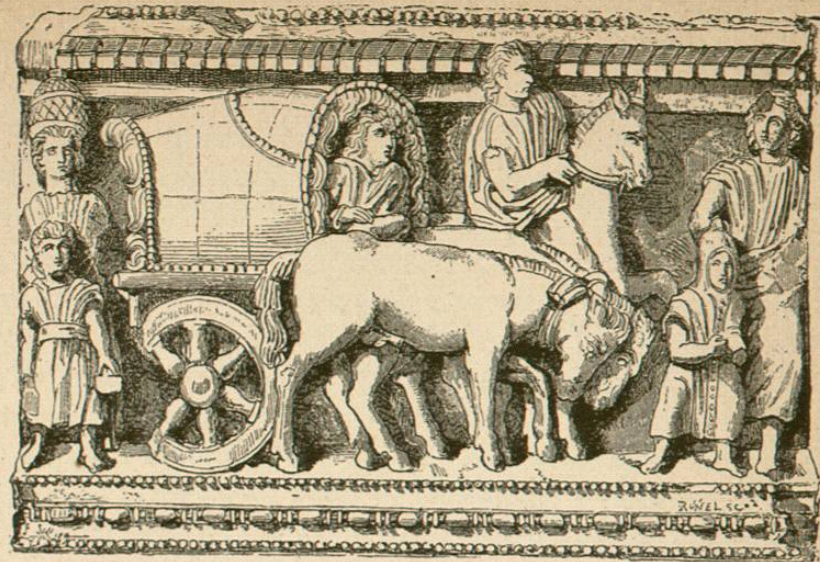


Y tras tal esfuerzo de anhelo erótico, Nerón cayó de espaldas sobre su lecho como un borracho, roncando con los ronquidos de una brutal embriaguez y estremeciéndose con los estremecimientos de una violentísima epilepsia. Tigelino y Othón, después de haber consultado sus relojes y visto que aún era oscuro, antes de que la cercana luz del próximo día revelase á los romanos en qué su emperador consumía las noches, lo metieron, como una res, en la litera y se lo llevaron al Palatino. Así pasó la neroniana cena del célebre Trimalción.



CAPÍTULO VII

PROYECTOS DE BODAS

Después de haber los tres camaradas respectivamente dormido la mona que tomaran cada cual en la cena de Trimalción, nuevamente á las doce horas no cumplidas se congregaron, anhelosos de recomenzar sus hazañosas noches. Poco á poco Nerón se había ido cansando del filosofar eterno de su maestro Séneca y del pomposo componer de su compañero Lucano, decididos á resucitar bajo el imperio una virtud con el imperio tan incompatible como la virtud republicana, inclinándose por impulso de tales desvíos al bajo Tigelino y al noble Othón, especie de terceros, por cuyas manio-
bras alcahuetescas, perdónese la palabra, pues no hay otra más expresiva en el idioma castellano, recogía todos los placeres posibles en la cima y en la base de aquella sociedad: que nadie tan de intermedios y de intermediarios necesitado cual un emperador. Aquellos dos personajes no tenían pero. Adúltero Tigelino con Agripina; expulsado de Roma por Calígula; entre bandido y pirata en Calabria; reintegrado merced á cohechos facilitados por una inesperada herencia en la ciudad; chalán en los mercados de bestias; cabeza

de una exaltada facción en el Circo, donde disputaban verdes con azules y azules con rojos; compañero de gladiadores y acróbatas y cómicos; jugador de ventaja en todas las apuestas que se cruzaban á millares en los juegos públicos romanos; prestamista de los nobles arruinados y usurero y estafador; jefe de ladrones y asesinos; pependenciero y estuprador, necesitábalo Nerón para que celase con sus bandas de perdidos tabernas y garitos y zahurdas y burdeles, imponiendo el respeto y el miedo á su poder y autoridad en las pestilentes cloacas donde se amontonan todas las podredumbres y todos los excrementos sociales. Othón, el otro camarada, era también el vicio en persona; pero el vicio por lo alto, el vicio por lo fino, el vicio noble y apatriciado, el vicio completo, el vicio con asiento en las cámaras aristocráticas y con aspiraciones al imperio, quien sólo bajo Claudio, tras Augusto, se había visto libre de vicios y viciosos. Palacio comparable al del Palatino, cenas babilónicas, lujo inverosímil, caballos como no los tenía ningún otro noble, derroche fabuloso en fiestas y en juegos: he ahí los prestigios del depravado joven Othón á la estima en que lo tuvo y á la privanza que le concedió desde los comienzos de la dominación suya el joven y depravado César. Los proyectos de éste, ahora, en la sazón de tales incidentes como los que vamos refiriendo, dividíanse por su orden de prelación en los siguientes: emanciparse de Agripina, matar á Británico, prescindir de Séneca y Lucano, reganar el amor de Acté ó por lo menos la sumisión de ésta nuevamente á sus caprichos, tomar á Popea por mujer efectiva en caso de que Acté continuara en la intratable castidad sugerida por su ingreso en no sabía Nerón cuál secta, y arrinconar en el Palacio á Octavia sin quitarle sus títulos honorarios de mujer legítima en su casa y de emperatriz reinante sobre su mismo trono por miedo al Senado y al ejército. En todas estas infames perniciosas empresas necesitaba el emperador de sus dos compañeros con grandísima necesidad, pues los dos y únicamente los dos eran capaces de subir hasta los desvanes palatinos donde se aderezaban en alquimia diabólica por manos de Locusta los venenos y descender á las letrinas donde yacía y pululaba la más repulsiva y asquerosa demagogia. Por consecuencia, con tales dos confidentes y ministros de sus vicios, cual otros lo fueran de su política, el emperador creía tener á Roma en

la palma de su mano y arbitrariamente disponer á su antojo de toda la ciudad. Para comprenderlos es lo mejor oírlos á la tarde siguiente de la orgía que ya conocemos, y de cuyos incidentes hemos callado muchos contenidos en las diversas historias por el debido respeto á nuestros lectores y á nosotros mismos.

— ¿Qué tal se ha dormido? — preguntóles á uno y otro Nerón.

— Perfectamente — dijeron ambos.

— Vosotros tenéis menos motivos de inquietud que yo, y por ende, podéis dormir á pierna suelta. El insomnio de las noches me aumenta la irritación que me traen los cuidados del día, en términos de tener que levantarme y andar á tontas y á locas por todas partes en guisa de furioso dementado, á quien sobrexcitan y exaltan los insomnios en las largas veladas y los ensueños en los largos sueños. No queráis nunca llegar á césares, aunque os presentaran el don de rodillas todos los pueblos del universo. No sabéis lo que es bueno.

— Vamos: cuéntaselo eso á tu abuela — djole Tigelino con la bárbara familiaridad y el chalanesco lenguaje propios de su temperamento y de su oficio.

— Aunque no tuviera otra ventaja el imperio que las facilidades por él prestadas, así al aquistamiento de los placeres como al logro del oro, cosas ambas apetecidas de todos, valdría lo que cuesta — dijo al César el noble Othón en primoroso lenguaje, propio de su cultura y de su casta.

— ¿Los placeres? ¡Bonitos placeres! — Nerón replicó. — Os daría yo á pasar los mandatos de Agripina, los sermones de Séneca, los versos de Lucano, la competencia de Británico, las negativas al amor de Acté, la proximidad repugnante y odiosa de Octavia.

— ¡Buena jera! — exclamó Tigelino. — ¡Ya me molestarían á mí tales cosas! A otro perro ve con tal hueso. Te pasa todo lo dicho porque quieres. De un puntapié derribaría yo esos obstáculos, de un puntapié. Y luego, que me soltaran un galgo. ¿Quién pone puertas al campo?

— Está en lo justo, á la verdad, Tigelino — añadió por su parte Othón. — Diciendo Séneca en toda clase de tonos á quien quiere oírle que se identifica todo César con los dioses en el poder de dispensar la muerte y de transfigurar y enaltecer matando á los mis-

mos que mata y sacrifica, no vaciles en matar y sacrificar á cuantos te molesten.

— ¿Quién te lo impide? ¡Cuidado! — decíale á Nerón su Tigelino. — Difúndele por las venas á Británico una pastillita de Locusta. Degüella, como en matanza cualquier cerda de peso, á tu madre Agripina. Libértate de Octavia como te plazca. No hay derecho á desobedecerte ni en los pueblos á murmurar de ti. Haz aquello que te convenga sin mirar la cara de nadie.

— ¡Con qué facilidad se dicen tales cosas y con qué dificultad se hacen! En el manejo de las mixturas locustescas precisa proceder con tino, pues corre uno riesgo de matarse á sí por matar al prójimo. Mi hermano cuenta con una parte considerable de las legiones pretorianas y con una parte considerable del Senado mismo, amén de la protección que Agripina le dispensa hoy, tratándole, no como hijastro, como hijo de su adopción, en odio al hijo de sus entrañas. Por lo tocante á la feroz Agripina, persíguela y verás cómo los hoy enemistados con ella se ponen á su devoción y la siguen á una en su guerra, ya declarada contra mí. No hablemos de Octavia: el mujerío romano, por depravadísimo, ampara todas las esposas que cree fieles, y hace tanto más aprecio de la virtud cuanto menos posee tan preciado tesoro. No hay desesperación parecida en el mundo á la proveniente de un estado como mi estado: todo el mundo te dice omnipotente, y cuando vas á ejercer tu omnipotencia, todos cuantos han de secundarte se llaman Andana, y todos cuantos han de obedecerte se rebelan, usando mayor ó menor hipocresía, pero sin ceder en su desobediencia, no importándoles una higa tus reconvenciones, con tal que no lleguen al castigo. Necesitas enseñarles el palo, como necesita el domesticador enseñar á las fieras su botón de fuego.

— ¿Qué medio imaginas tener para realizar tu pensamiento y cumplir tu voluntad? — le preguntó á Nerón Tigelino.

— Son los pensamientos — dijo Nerón — en tan excesivo número, que ignoro sobre cuál habré de fijarme.

— Fíjate — díjole Othón. — Cuando hay muchas cosas en que pensar y muchas que hacer, nada tan dañoso como la indecisión y la perplejidad.

— El corazón tira de mí más que la cabeza — observó Nerón.

— Y algunos órganos inefables tiran más de ti aún que el corazón — díjole Tigelino.

— Me hallo muy perplejo.

— ¡Dale con la perplejidad! Pues te repito mi advertencia: en el trono es la resolución lo primero, el ejercicio de la voluntad.

— ¡Si me hallo entre dos amores!

— Imposible — díjole Othón.

— Y me muero de amor — añadió Nerón.

— Como se murió de hambre aquel burro de marras entre dos piensos — díjole Tigelino.

— Quien gusta y goza de muchas mujeres, á la postre ama á una sola — díjole Othón.

— He ahí mi caso. Yo en realidad amé siempre á la infeliz Acté.

— Así lo creo yo — dijo Tigelino.

— Pero se subleva contra mi amor, pues diz le prohíbe amarme no sé cuál secta, de la que nunca con claridad habla.

— No le ha picado mala mosca — exclamó Tigelino.

— Será una de tantas sectas judías como pululan por todas partes.

— He agotado mi elocuencia para persuadirla con todas las frases imaginables á perseverar en su amor. Díceme que le han echado no sé cuál agua mágica por la frente, á cuya virtud se halla impedida de amarme, si no con el pensamiento, con el recuerdo, con la idea, con el alma.

— Tiene todo eso mucha gracia por lo extraño — exclamó Tigelino.

— ¿Y te conformas con ese pago en frases á tu violento amor? — preguntóle Othón.

— ¡Pues no he de conformarme!

— Vaya, no te creo — dijo Tigelino.

— ¡Cómo! ¿No me crees?

— Ahí te quiero ver de César. Mándale como súbdita tuya lo que pretenda negarte como manceba.

— Le mando y me dice que prefiere la muerte á rendirse.

— Y tú ¿qué haces? — preguntóle Tigelino.

— ¿Yo?

— Sí, tú, ¡Nerón!; tú, César; tú, el todopoderoso; tú, el divino; tú, el omnisciente; tú, á quien Júpiter envidiaría, según el poder y la riqueza tuyas, ¿qué haces?

— Tienes razón en preguntarlo Tigelino — le observó con insistencia Othón.

— Pues yo me rindo á su voluntad como un siervo — dijo el emperador sin rebozo.

— ¿De veras? — preguntóle Tigelino, riéndose á todo reír de la castidad del César.

— No sabes qué poder tienen sus frases. Habla de cosas extrañas y celestes como no hablaron los más inspirados filósofos. Cuando se yergue, diríais que tiene á sus pies una peana de diosa. Fija en lo alto la mirada con un arrobamiento que apaga toda voluptuosidad en seguida y adormece los sentidos como con dulce beleño. Yo descubro en aquellas sienes un radiante nimbo que creo el místico lumínico de otros cielos y de otros mundos y de otros astros, en todo sublimes y superiores á los nuestros. Cuando habla de la muerte, da gana de morir. Cuando promete un amor eterno allá en un infinito etéreo, allende nuestras sepulturas de piedra y barro, espera uno tal felicidad celestial con toda paciencia y déjase uno engañar como cualquier niño. Mil veces he salido de casa, resuelto á imponerle mi voluntad, aguijoneado por el recuerdo de goces sensuales indecibles sentidos en sus brazos y por la esperanza de renovarlos, llevado sobre la impaciencia del deseo hasta una extrema violencia. Ponía en mi voluntad alas. Decíame á mí propio que una débil mujer no podría resistirse al mandato y al imperio de un varón fuerte como yo. Reargüíame de cobarde y de afeminado. Estiraba los puños para probar su fuerza. Tocaba y retocaba los músculos. Decíame que podría deshacerla en ellos con mis brazos. Pensaba en devorarla dentro de la hoguera voraz del amor mío. A medida que me acercaba, crecía el deseo y se sublevaba el ánimo contra todo aquello que pudiese, no ya burlarlo para siempre, detenerlo un minuto. Creíame capaz de dar la muerte ó recibirla por amor, creíame capaz de morir ó matar. Mas entraba, y no había llegado al dintel de su habitación y entrevístola, cuando había cambiado de propósitos, sintiéndome incapaz de cumplir los antes acariciados con tal empeño. Aquella figura tomaba un

aspecto superior á lo natural y sensible; aquella su actitud no solamente á pureza de suyo trascendía, prestábala con su apostura y con sus gestos indeliberados é inconscientes á los demás; aquella mirada dividía en dos vuestro ser, sintiéndos como dominados por el alma que cogía en su poder vuestros sentidos y os los arrebatava sin remisión; aquella voz dejaba un eco tan dulce y extraño en nuestros oídos como una música sobrehumana, celeste, increíble, dando todo ello por resultado una enajenación del sentido y un predominio del pensamiento que deshacía vuestra propia complejión y os transportaba como á otra naturaleza cuasi divina. Yo lo confieso: Acté que despertó en mí á los comienzos de la vida, cuando yo era un muchacho, la primer voluptuosidad por mí sentida y el primer impulso á los goces de un amor sensual, ahora me apaga los sentidos y no hay medio de poseerla como antes la poseyera, ni de amarla como antes la amara. Y luego no quiero decirlo cuanto dice, no quiero. Ignoro quién le ha enseñado cosas tan extrañas. Ninguna de nuestras mujeres puede compararse á ella en arrebatos de sentimiento y en elocuencia de palabra. Dos amores la poseen, el amor á un Dios, que llama ella único, cual sabéis que le creen los judíos, y el amor á la humanidad, en cuyo bien quisiera la infeliz á cada instante ofrecer su vida y sacrificarse. De poder el mundo seguir el camino que le señala ella, daría con seguridad en el cielo y habríase acabado para siempre la guerra y con la guerra el mal. Por todas estas cosas me saca de tino y me sumerge en éxtasis y arrobamiento celestial, consiguiendo una victoria de la cual yo, el vencido, no puedo á mí mismo darme cuenta; la victoria sobre mi cuerpo y mi sentido en tal manera decisiva, que yo ante sus pies me desciño y me despojo del cuerpo y pierdo y mato el sentido.

— Vamos, hablando en plata, la oriental te trueca en uno de aquellos infelices que guardan los palacios de su tierra y que sirvieron de ministros y de secretarios á los jefes y monarcas de Persia y Egipto — dijo el chalán.

— No tengo empacho alguno en repetírtelo: me quita con su presencia toda sensualidad Acté, y me paraliza con su palabra los sentidos.

— ¡Fenómeno graciosísimo! — exclamó el sagaz Othón.

— Pero sólo me sucede con ella esto. Así, tras el embargo fugaz de mis facultades hecho por su presencia, torno á despertarme con más autoridad, la cual me impele á una pasión extraordinariamente despótica, que ha concluído por enseñorearse de todo mi ser.

— ¿Cuál pasión? — preguntaron á una los dos favoritos.

— La pasión por Popea.

— ¡Popea! — dijeron admirados uno y otro.

— Sí, mil veces os lo dije.

— Pero nunca creímos que la tomases tan á pechos — díjole Tigelino.

— Considerábamosla como un pasajero capricho, como una de tantas ligeras sensaciones cual sacuden tu cuerpo y pasan por tus fibras — observóle Othón.

— Pues no lo creáis: mucho de grave y serio encuentro en ella, y desahuciado por Acté, no pudiendo vivir sin una compañera que me ayude á sobrellevar la vida, redúzcome á poner toda mi felicidad futura en que Popea me corresponda y junto á mí esté toda la vida.

— ¡Popea! — murmuraba Tigelino.

— Sí, Popea, la hermosa hija de aquel célebre Lolio, que fuera ministro de Sejano, como Sejano ministro de Tiberio — díjole Othón al César.

— ¡Justo! — añadió Nerón.

— Creed — continuó diciendo el noble Othón, — creed que no ha robado á nadie su hermosura, la hereda. Su madre resplandeció entre las mayores bellezas en la corte de Claudio. Y una vez que la miró éste con ojos de codicia, Mesalina, celosa, no del amor, del trono de su esposo, la mandó matar. Temblaron los verdugos al troncar con sus hoces una flor tan tierna y tan preciosa.

— Justo, justo, justo — decía Nerón.

— Así la hija dejó los nombres de sus padres para tomar los nombres de sus abuelos. Y se llama Popea de Popeo, un general que mereció los honores del triunfo, recuerdo muy prestigioso de suyo y muypreciado entre los nobles de la romana sociedad.

— Estás enteradísimo de todo cuanto á Popea se refiere — díjole Nerón á su camarada, no sin cierto dejo de malicia sugerido por cierto asomo de celos.

— Como todos estamos inscritos en la clase patricia, todos nos conocemos unos á otros de antiguo — díjole Othón, cayendo un poco en que había mostrado la hilaza de sus preferencias; pues, con efecto, habíase á su vez enamorado de Popea, siquier lo callase cuidadoso, conociendo como conocía el corazón de su coronado amigo, por miedo á la muerte.

— ¿Conoces alguna mujer que le aventaje aquí en gracia y en inteligencia y en hermosura? — preguntábale Nerón al convencido compañero. — Noble, nadie luce cual ella sus calidades patricias, ostentándolas con brillo mayor por los cuidados puestos para ocultarlas sin humillaciones de un lado, y de otro lado sin falsas y engañosas modestias; rica, todo cuanto la rodea tiene aquella estabilidad que presta lo sólido sin exclusión alguna de aquel brillo que presta lo etéreo y luminoso; hermosa, con una mirada de sus ojos despierta los sentidos en mí como nunca se despertaron y centuplica el incendio de la vida mía; sabia por su brillantísima educación, jamás la he visto caer en aquellas petulancias de que adolecen las literatas nuestras, ni dejar de darle á sus ideas el carácter femenino que tanto realza el saber de las mujeres talentudas, saber sobrio, reservado, sencillo; vamos, una joya verdadera.

Mientras el emperador loaba con tales encarecimientos á Popea, mordíase los labios Othón, si bien refrenándose todo lo posible para no mostrar una rivalidad y una competencia las cuales de seguro hubieran podido costarle la vida. Todo se le volvía dominar los nervios que le saltaban como cuerdas demasiado tirantes; volver al pecho suspiros que del pecho huían veloces y en tropel; apagar los ojos en cuyos centelleos relampagueaba una pasión mal reprimida por dentro y peor disimulada por fuera.

— Popea, Popea, Popea — decía Tigelino. — Supongo que, habiéndola querido tú, habrás tomado ya posesión de ella, Nerón.

Al oír esto no pudo reprimir un afecto de cólera intensísimo el noble Othón, herido en el alma, presa de un amor á Popea que no cedía en intensidad al amor de su coronado amigo.

— No lo creas, Tigelino — replicó el emperador, — aspiro á Popea, no la poseo.

Al oír esto, los ojos de Othón brillaron de veras con suma felicidad; el pecho se desahogó en suspiros de gran fuerza; y la neu-